Enric Ucelay-Da Cal
Xosé M. Núñez Seixas
Arnau Gonzàlez i Vilalta (eds.)

Patrias diversas, ¿misma lucha?

Alianzas transnacionalistas en el mundo de entreguerras [1912-1939]



Acceso Abierto

edicions bellaterra

SGU

PATRIAS DIVERSAS, ¿MISMA LUCHA?

Serie General Universitaria - 242

ENRIC UCELAY-DA CAL, XOSÉ M. NÚÑEZ
SEIXAS, ARNAU GONZÀLEZ I VILALTA (eds.)

PATRIAS DIVERSAS, ¿MISMA LUCHA?

Alianzas transnacionalistas en el mundo de entreguerras (1912-1939)

edicions bellaterra

Este libro foma parte del proyecto «Las problemáticas federalistas españolas, siglos XIX-XX», HAR2011-28572 sufragado por el Ministerio de Ciencia e Innovación vinculado, a su vez, al Grup de Recerca en Estats Nacions i Sobiranies (GRENS) de la UPF, y al proyecto: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE) y al Grup d'Investigació Consolidat reconegut per l'AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia: (2017 SGR 1041). También ha contado con el apoyo del Grupo de Investigación Historia política e dos nacionalismos (Hispona) de la USC.







Diseño de la colección: Joaquín Monclús

Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

ISBN: 978-84-7290-990-8

Impreso por Prodigitalk (Barcelona)

Índice

11.
Fascintern. Orígenes, desarrollo y ocaso del fascismo internacionalista*

Marco Cuzzi
Università degli Studi di Milano
Dipartimento di Studi Storici

La historia de las tentaciones internacionalistas del fascismo italiano es en gran parte la historia de los «Comitati d'Azione per l'Universalità di Roma» (Comités de Acción por la Universalidad de Roma, CAUR): la organización que entre 1933 y 1939 delineó la estructura de partida de una hipotética «Internacional fascista», que gravitaría alrededor del régimen. Pero los orígenes de esta efímera organización, que tuvo su momento de gloria solo en el bienio 1934-1935, coincidiendo con el enfrentamiento entre Mussolini y Hitler por la cuestión austríaca, así como por el monopolio ideológico sobre la extrema derecha europea, se remontan al debate que desde la segunda mitad de los años veinte tenía lugar en la «Nova Italia» mussoliniana.

Los CAUR provenían de esa corriente de pensamiento, el «universalismo fascista» que Renzo De Felice ha considerado como el único discurso ideológico-cultural que consiguió activar un amplio sector de la juventud fascista, y ofrecerle la esperanza de que la «revolución fascista» pudiese retomar su camino y proyectarse, como una suerte de «revolución permanente», hacia objetivos cada vez más avanzados y universales».[1] En síntesis, el universalismo aspiraba a extender los principios y las realizaciones del régimen fascista (en primer lugar, el corporativismo) más allá de los límites nacionales. Objetivo final de este esfuerzo de «marketing» político era «vender» en el extranjero el modelo fascista, entendido como la única solución realis-

* Traducción del italiano por X. M. Núñez Seixas y A. Gonzàlez i Vilalta.
1. R. De Felice, *Mussolini il duce. Gli anni del consenso 1929-1936*, Einaudi, Turín, 1996, p. 411.

ta a la doble crisis del capitalismo tras 1929 y del mito de la revolución bolchevique, «traicionada» por el estalinismo: la Nueva Italia, como escribió un benévolo observador británico, habría indicado el camino hacia un mundo nuevo.[2] Un mundo equidistante de las famélicas voracidades estadounidense y soviética. Una Europa no democrática, conflictiva y laica —como la querían los federalistas al estilo de Aristide Briand—, sino jerarquizada, corporativa y cristiana: el Concordato con la Iglesia católica de febrero de 1929 desempeñó, en este sentido, un papel fundamental en dar una nueva misión «universal» al «duce». La Roma de Mussolini habría recuperado, por tanto, el papel de faro de civilización al que todas las demás naciones —decepcionadas por el capitalismo, abandonadas por la socialdemocracia, traicionadas por el bolchevismo— «habrían vuelto la mirada antes o después».[3] Sobrevalorando, y no poco, las capacidades propias, la Italia de Mussolini se sentía capaz de salvar a las naciones europeas (y quizá del mundo) de los desastres (verdaderos o supuestos) de las ideologías materialistas: ante sus fracasos, el fascismo se erguía como única doctrina de Estado aplicable a todo el continente europeo.[4]

Concluida victoriosamente la lucha contra las fuerzas democráticas y antifascistas, desde 1925-1926 Mussolini comenzó a levantar las nuevas instituciones estatales: sus vigas maestras serían la «Carta del Lavoro» (1926), el Concordato y el primer gran plebiscito popular (1929). La nueva fórmula social, acogida con creciente interés en el extranjero, unida al consenso y a la bendición, por estar vinculada a la Iglesia («el éxito de publicidad más clamoroso» obtenido por el «duce», según la conocida afirmación de Salvemini),[5] tuvo un efecto en la imagen externa del fascismo italiano. Como escribía el historiador Federico Chabod: «En el extranjero [...] se elevan voces, a veces bastante importantes y autorizadas, en alabanza del fascismo. Sin duda no de los ambientes de izquierda, sobre todo franceses, sino por parte de los conservadores europeos».[6] También para aprovechar del mejor modo esas tendencias, el naciente régimen favoreció la difusión

2. R. G. Andrew, *Through Fascist Italy. An Englisch Hiker's Pilgrimage*, Londres, G.G. Harrap & Cop, 1935, p. 147.
3. E. Gentile, *Fascismo di pietra*, Laterza, Bari, 2007, pp. 198 y ss.
4. G. Casini, «Il Fascismo e l'Europa», *Il Popolo d'Italia*, 2.II.1929.
5. G. Salvemini, *Mussolini diplomatico*, Roma, Donatello de Luigi, 1945, p. 295.
6. F. Chabod, *L'Italia contemporanea (1918-1948)*, Einaudi, Turín, 1961, p. 82.

de las ideas y sobre todo de la imagen de la «Nueva Italia» en el extranjero. Entre los numerosos organismos entregados a esa labor, el caso del Centro Internacional de Estudios sobre el Fascismo (abreviado como CINEF) de Lausana fue único, por ser extranjeros tanto sus dirigentes como el campo de acción en el que operó.[7]

Desde hacía tiempo actuaban en el exterior algunas instituciones dedicadas a la difusión de la cultura italiana en el mundo. Entre ellos, los varios Institutos de Cultura Italiana (transformados de órganos de intercambio en instrumentos de «expansionismo cultural»),[8] y la «Società Dante Alighieri», que alcanzó apreciables niveles propagandísticos entre los años veinte y treinta.[9] Su gestión estaba confiada exclusivamente a personal italiano: una suerte de legaciones culturales de Italia, distribuidas en varios países. A veces, como la Dante Alighieri de Ginebra, el disimulado antifascismo de los funcionarios locales comportaba una distinción entre «cultura italiana» y «cultura fascista», algo a lo que el régimen se oponía.[10]

Faltaba sin embargo una dimensión universal e internacional, un centro de estudios gestionado de modo aparentemente objetivo e independiente por parte de exponentes destacados de la cultura internacional, que ilustrase con iniciativas y libros los principales aspectos históricos, políticos, programáticos e ideológicos de un fenómeno que ya asumía dimensiones transnacionales. Fue así como se llegó a la fundación del centro de Lausana. El 18 de septiembre de 1926 el jefe de la Oficina de Prensa del Ministerio de Exteriores, el conde Giovanni Capasso Torre di Pastene, envió un telegrama a las embajadas de Washington, Berlín y Budapest:

> La iniciativa privada, apoyada oficiosamente por Gobierno Nacional será fundado en Suiza instituto para investigaciones documentación acerca fascismo. Instituto será dirigido por Comité miembros principa-

7. Para un estudio más profundo sobre el tema, me permito señalar M. Cuzzi, «Il Centro internazionale di studi sul fascismo di Losanna», *Nuova Storia Contemporanea*, XIX:3, 2015, pp. 81-107.
8. F. Foschi, *Sugli Istituti italiani di cultura all'estero. Note e riflessioni*, Vallecchi, Florencia, 1980, p. 25.
9. J. W. Borejsza, *Il fascismo e l'Europa orientale dalla propaganda all'aggressione*, Laterza, Bari, 1981, p. 104.
10. E. Collotti (con la colaboración de N. Labanca y T. Sala), *Fascismo e politica di potenza. Politica estera 1922-1939*, La Nuova Italia, Milán, 2000, p. 152.

> les países. Ruego telegrafiarme nombres y direcciones personalidades de este Estado a las que resultase particularmente apropiado asumir tal encargo.[11]

Capasso hacía referencia a la reunión, celebrada en París algunas semanas antes, de un «Comité fundador del centro de estudios internacional sobre el fascismo» integrado por intelectuales y académicos de varias nacionalidades. La iniciativa fue acogida con particular interés por un Mussolini cada vez más fascinado por las tesis «universalistas» de los intelectuales italianos y extranjeros que desde hacía algún tiempo gravitaban en torno al régimen. Entre ellos jugaba cierto papel el exlaborista británico James Strachey Barnes, quien había sido literalmente seducido por Mussolini en 1919.[12] El comité de París fue sostenido y apoyado materialmente por la oficina de prensa del Ministerio de Exteriores.

La elección de Suiza, sede de la Sociedad de Naciones, fue reforzada por la nacionalidad del presidente del comité: el profesor de Sociología de la Universidad católica holandesa de Nimega y director de su biblioteca universitaria Hermann de Vries de Heekelingen. Se trataba de un intelectual nacido en Groninga (Países Bajos) en 1878 (según otras fuentes, 1880) y naturalizado suizo, con residencia en Friburgo. Estudioso del fascismo desde 1919, quedó fascinado por él: en 1926 empezaba un panfleto apologético afirmando que «el fascismo representa el orden, la disciplina, la jerarquía, el respeto de la religión, el amor por la patria, la aceptación del sacrificio. Son esos los que aman y admiran el fascismo».[13] De Vries, que después se tornaría en un visceral antisemita, parecía ser el mejor candidato para dirigir el nuevo organismo.

El 29 de enero de 1927 Capasso organizó un encuentro final entre de Vries, el diplomático fascista Luigi Villari y Giovanni Gentile,

11. Archivio Storico Ministero degli Affari esteri (ASMAE), Ufficio stampa; telegrama n. 4903 para embajadas de Washington, Budapest y Berlín; Roma, 18-IX-1926, Minculpop, B. 68, F. 1930.
12. De James Starchey Barnes, una especie de «John Reed en camisa negra» o E. Pound británico, cf. entre otros *The universal aspects of fascism* (Williams and Norgate, Londres, 1929) y *Fascism* (Thornton Butterworth Ltd, Londres, 1934).
13. H. De Vries De Heeklingen, *Le Fascisme et ses Résultats*, Sociel Éditions, Bruselas, 1926, p. 7. El texto fue rápidamente traducido al italiano: *Il Fascismo e i suoi risultati*, Alpes, Milán, 1927.

ex ministro de Instrucción Pública y presidente del Instituto Nacional Fascista de Cultura. Al término se redactó un acuerdo, subdividido en diversos artículos que sancionaban el nacimiento del «Centre International d'Études sur le Fascisme» (o, en inglés, «International Centre of Fascist Studies»). La presidencia del Centro (CINEF) fue finalmente confiada al profesor de Vries.

La actividad del CINEF se tradujo ante todo en la publicación de una bibliografía analítica subdividida por temas, así como en la recopilación de documentación sobre los resultados del fascismo en Italia, en un servicio público de información bibliográfica y documental, y en la creación de una biblioteca que contuviese todos los textos relacionados directa o indirectamente con el fascismo, su historia y su doctrina. Todas las publicaciones se editaron en lengua inglesa y francesa. El órgano ejecutivo del centro era un «consejo» compuesto por un mínimo de tres y un máximo de cinco miembros; de Vries asumió el pomposo título de «presidente del consejo», máxima autoridad y representante legal de la asociación, junto a un vicepresidente. El consejo era elegido por la asamblea general de los socios. Se preveían también los cargos de secretario general, con cometidos organizativos y logísticos, y un órgano de revisión de cuentas. El artículo 18 establecía un complejo sistema de donaciones por parte de los socios «beneméritos», entre 500 y 25.000 francos suizos.[14] Tras definirse los organismos y las modalidades de gestión, de Vries atrajo asociados y abonados, con el fin de constituir la asamblea y demostrar la dimensión internacional de su centro de estudios.

Según lo previsto, a fines de octubre de 1927 el centro de Lausana se dotó de su organigrama definitivo. De Vries de Heekelingen fue confirmado como «presidente del consejo». A su lado, el francés Marcel Boulenger, vicepresidente, y Giovanni Gentile como tercer miembro del «consejo de presidencia». Los integrantes de la asamblea de socios eran los siguientes:

14. *Statuts du Centre Internationale d'Études sur le Fascisme*, D. Reynaert, Bruselas, s. f., en ASMAE, Dep. Minculpop, B. 68, F. 1930.

Prof. A. Andréadès	Universidad de Atenas
Prof. Antonio Aunós	Universidad de Barcelona, director del Instituto de Ciencias Sociales
Conde Thadeuz Dzieduszucki	Sociólogo de Varsovia
Prof. István Ethen Ereky	Universidad de Szèged, Hungría
C. Fougner	Intelectual, Oslo
Prof. Edmund Gardner	Universidad de Londres, miembro de la British Academy
Prof. A. Geouffre de Lapradelle	Universidad de París, director del Institut des hautes études internationales
Prof. John L. Gerig	Universidad de Columbia, Nueva York[15]
Jonkheer J. W. Godin De Beaufort	Intelectual, Holanda
Prof. Nael Ionescu	Universidad de Bucarest
Ladislas Jablonowski	Senador, Varsovia
Prof. Johann W. Mannhardt	Universidad de Marburgo
J. Renkin	Ministro de Estado belga
Barón Rolin Jaequemyns	Ex-ministro del Interior belga
Prof. Walter Starkie	Trinity College, Dublín
Lord Sydenham of Combe	Ex-gobernador de Bombay, miembro de la Royal Society, Londres
Conde Prof. Paul Teleki	Ex-ministro de Exteriores húngaro, Universidad de Budapest
Prof. M. W. F. Treub	Ex-ministro de las Finanzas holandés, Universidad de Amsterdam

Completaba el organigrama el secretario general, Strachey Barnes, quien veía realizados sus proyectos universalistas.[16] El organigrama daba al centro no solo un notable aliento intelectual y político, como sugería la presencia de tres ministros (Lord Combe, Gardner y

15. La Universidad de Columbia era uno de los centros académicos más sensibles al reclamo del fascismo; en su seno operaba desde fines de 1925 un Instituto de Cultura italiano (F. Virgili, «La cultura italiana in America», *Il Popolo d'Italia*, 4-IX-1926). Durante su visita a los Estados Unidos en noviembre de 1931, el ministro de Exteriores Dino Grandi se encontró con algunos miembros del cuerpo académico, envueltos en una áspera polémica con Salvemini: «No conozco el fascismo», le había dicho un anónimo profesor estadounidense, «pero me he hecho fascista el día en que escuché al profesor Salvemini. Entendí enseguida que aquel hombre estaba equivocado, y que por tanto vosotros, los fascistas, tenéis razón» (C. Damiani, *Mussolini e gli Stati Uniti 1922-1935,* Cappelli, Bolonia, 1980, p. 284).
16. Centre international d'études sur le fascisme (Cinef), *Yearbook*, Cinef, Lausana, 1928, pp. 5-7.

Lapradelle), sino que le confería una inédita dimensión internacional, que distinguía radicalmente al CINEF de todas las iniciativas anteriores en el exterior. Gracias al centro de Lausana, por primera vez no era el fascismo el que se dirigía a otros países, sino que eran exponentes más o menos autorizados y conocidos de la intelligentsia internacional quienes se aprestaban a difundir las ideas del fascismo. Esta, al menos, debía ser la impresión que el centro y su actividad publicística y de estudio deberían suscitar en la opinión pública europea y mundial.

El CINEF empezó a editar publicaciones dispares sobre el fascismo y todo tipo de temas más o menos vinculados a él, dividiéndolas en grupos y subgrupos según un escrupuloso criterio archivístico. En la *Classification méthodique des fiches publiées par le Cinef* se reseñan diecisiete grupos de «fichas bibliográficas»: bibliografía, filosofía, religión, sociología, economía, derecho, fuerzas armadas, asociaciones, educación, ciencias puras, técnicas aplicadas, factores productivos, bellas artes, historia, geografía y administración pública.

A esos grupos de publicaciones se añadía uno más genérico sobre «política», subdividido en once subgrupos, entre ellos «fascismo en el extranjero». Se trataba en este caso de la primera recopilación sistemática de datos y estudios sobre la difusión del fenómeno fascista en Europa, y comprendía documentación sobre el desarrollo de movimientos que imitaban al modelo italiano en España, Holanda, Checoslovaquia, Alemania, Hungría, Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Letonia, Irlanda, Rumanía, Suiza, Bulgaria, Polonia, Portugal e incluso Rusia. Como escribía un periodista de *Il Popolo d'Italia* sobre las «fichas» del CINEF, «algunas constituyen una preciosa guía bibliográfica; otras indican las páginas sobre cada tema particular de cada una de las obras. Desde la estadística a la emigración, de la política exterior al parlamentarismo, del expansionismo a los movimientos políticos extranjeros que, con mayor o menor acierto, se inspiran en el fascismo». Una mirada rápida a los anuarios del trienio de actividad del centro de Lausana permite ilustrar mejor este último aspecto. En 1928 incluyó un ensayo sobre *L'esprit fasciste en France*, obra póstuma del escritor y periodista filofascista portugués Homem Christo, con una interesante distinción entre movimientos fascistas, que consideraba inexistentes en el extranjero, y «espíritu fascista», entendido como «despertar nacional y de una voluntad de radical transformación polí-

tica y social», cuya existencia y vitalidad se podían reseñar tanto para Francia como para otros lugares. Una tesis análoga era sostenida por un buen amigo de Hermann de Vries, Manfred von Binzer, en *Les courants d'opinion fasciste en Allemagne*: para el autor alemán, aunque en el futuro pudiese surgir un partido fascista en Alemania, no podría ser otra cosa que pangermánico, antiparlamentario, antidemocrático y militarista, al igual que lo habían sido los conservadores monárquicos de anteguerra; sorprendentemente, para von Binzer la Alemania anterior a 1914 ya era una «nación fascista».[17] El panorama internacional concluía con *L'Irlande s'oriente-t-elle vers le fascisme?*, del dublinés Walter Starkie, un conocido hispanista que retomaba la tesis del principal representante del fascismo italiano en Londres, Camillo Pellizzi, sobre el fascismo como única vía de salvación para las islas británicas. Al año siguiente se añadieron estudios del conde polaco Thadeuz Dzieduszucki (*La Pologne et l'idéologie fasciste*) y de un colega y coterráneo de Gardner, Harold Goad (*L'avenir fasciste en Angleterre*). En el anuario de 1930, el interés del CINEF hacia el fascismo internacional se amplió hacia la experiencia ibérica. El antiguo ministro de Trabajo Eduardo Aunós expuso la organización corporativa implantada por Primo de Rivera, señalando las semejanzas entre la dictadura española y el régimen de Mussolini; predecía incluso una difusión a escala mundial del modelo fascista-corporativo.[18] Por su parte, José María Pemán, ideólogo de la Unión Patriótica primorriverista, exponía la naturaleza corporativa y popular de la organización, «obrera y rural», inspirada según sus propios dirigentes en el Partido Nacional Fascista.[19] Alexandar Krisztics, representante de la Asociación Nacional Húngara y docente en la Universidad de Pecs, contribuyó al volumen con un estudio sobre el fascismo magiar.[20] Se trataba de la intervención más netamente propagandística, en sintonía evidente

17. A. Carena, «Il Fascismo all'estero», *Il Popolo d'Italia*, 29-XII-1928.
18. E. Aunos, «L'organisation corporative en Espagne», en Cinef, *Études, Troisième année 1930*, Cinef, Lausana, 1930, p. 195.
19. J. M.ª Peman, «L'Union patriotique en Espagne», en Cinef, *Études*, p. 188. En realidad, la UP, conglomerado contradictorio de fuerzas diferentes (las dos almas monárquicas, alfonsina y carlista, grupos nacional-revolucionarios, elementos agrarios y burgueses, civiles y militares) se disolvería con la propia dictadura.
20. La Universidad de Pecs se haría famosa por haber propuesto para el Premio Nobel de la Paz en 1935 al proprio Mussolini (R. De Felice, *Mussolini il duce. Gli anni del consenso*, p. 554, n. 2).

con los lazos ya consolidados entre Roma y Budapest. El autor definía el fascismo ante todo como una doctrina nacional, cuyos principios podían ser aplicados a escala universal.

A pesar del interés de la intelligentsia fascista internacional, el centro tuvo una corta vida. La crisis del CINEF coincidió con el abandono de Barnes. El periodista inglés había gozado de los favores del «Duce», y Mussolini incluso escribió el prefacio a la versión italiana de su libro *The Universal Aspects of Fascism*.[21] Ese prefacio ayudó a Barnes a devenir en uno de los exponentes más importantes del centro de Lausana, oscureciendo la figura de de Vries. Al mismo tiempo, las preferencias clérico-fascistas y ultracatólicas del periodista inglés enfriaron los entusiasmos por su persona de otros miembros del CINEF más «laicos» o devotos de otras confesiones, en particular los protestantes. El noruego Fougner y el holandés Godin De Beaufort, por ejemplo, abandonaron el centro, sustituidos por el tradicionalista católico Othmar Spann, de la Universidad de Viena, y por José de Yanguas Messía, de la Universidad de Madrid, exministro español y antiguo presidente de la Asamblea Nacional primorriverista. El excesivo protagonismo de Barnes convenció a las autoridades italianas de intervenir, aceptando la petición de de Vries para que se eliminase la figura del secretario general.

Así empezó el rápido declive del CINEF. Abrumado por gastos ingentes, de Vries continuaba pidiendo subvenciones al Gobierno italiano, que sin embargo había procedido a ralentizar los dispendios. A pesar de los intentos de Giovanni Gentile y de Luigi Villari por ayudar al «pobre de Vries» con sucesivas ayudas gubernamentales, el Ministerio de Exteriores, en la persona del nuevo secretario general Lando Ferretti —dudando de la buena fe de de Vries y de la utilidad del centro— se opuso a concederle más asignaciones.[22]

En este momento intervino el proprio Mussolini, que envió un inspector a Lausana. El informe del anónimo inspector describía una situación bastante equívoca: gastos astronómicos e injustificados, estipendios superiores incluso a las altas retribuciones helvéticas, lujos

21. J. S. Barnes, *Gli aspetti universali del fascismo*, con prefacio de S. E. Mussolini, Libreria del Littorio, Roma, 1931.
22. Carta autógrafa de Giovanni Gentile a Lando Ferretti, 28-VI-1930, y de Ferretti a Gentile, s. f., en ASMAE, Minculpop, Busta 401, F. «de Vries de Heekelingen».

y comodidades sobre todo para el «presidente del consejo» de Vries y su familia; no había rastro de los tres redactores y las seis empleadas que constituían el personal del centro, hasta el punto de que el inspector sospechaba que simplemente no existían, salvo sobre el papel; los abonados solo eran unos pocos centenares, entre ellos la Cámara de Diputados belga, la Universidad de Lisboa, dos institutos de cultura en Innsbruck y uno en Viena. Las conclusiones no dejaban lugar a dudas sobre la utilidad del centro. Además, todo el cuerpo consular en Lausana sabía de las subvenciones fascistas a la institución, que perdía su aparente objetividad. La actividad del centro de Lausana, potencialmente útil, podía sin embargo ser adscrita al Instituto Nacional Fascista de Cultura de Roma, o bien a la comisión de propaganda del Ministerio de las Corporaciones.[23]

Mussolini tomó una resolución fulminante, y las subvenciones fueron canceladas de forma repentina. Ante las protestas de Hermann de Vries intervino el embajador italiano en Berna, quien pidió a Ferretti que interviniese para impedir «cualquier forma de subsidio». Trasluciendo la hostilidad de la diplomacia tradicional hacia la «política exterior fascista» representada por el CINEF, el diplomático no se mordía la lengua:

> El trabajo de de Vries no vale [...] un ochavo, y también un niño puede hacerlo desde Roma. Políticamente, dado su lujoso tenor de vida en contraste con el precedente, es un hombre [...] descubierto. Mientras se escatiman cada «céntimo» en las escuelas, en las casas de los italianos, en el periódico fascista sería inmoral tragarse este sapo [...]. Gracias a tus normas, de Vries es súbdito holandés, se ha casado con una belga, se ha naturalizado suizo y hace de... ¡fascista italiano![24]

En julio de 1930 las relaciones entre el Gobierno italiano y el centro de Lausana se rompieron de modo oficial. De Vries se recicló como polemista y comentarista radiofónico en los años siguientes.

23. Rapporto a S.E. il Capo del Governo sulla visita al Cinef di Losanna, in: ASMAE, Dep. Minculpop, Busta 401, Direzione Generale per il servizio della stampa estera, Fascicolo «de Vries de Heekelingen».
24. Ministro de Italia en Berna a Lando Ferretti, 26-VII-1930, ASMAE, Minculpop, Busta 401, Direzione Generale per il servizio della stampa estera, Fascicolo «de Vries de Heekelingen».

No obstante, si el proyecto del CINEF parecía haber naufragado, no se podía decir lo mismo del universalismo e internacionalismo fascistas, que incluso en los años posteriores a la disolución del centro de Lausana retomaron fuerza, sirviéndose también de los contactos anudados en los años previos por la organización del profesor suizo-holandés. No fue casual, por tanto, que de las cenizas del CINEF naciesen los Comités de Acción por la Universalidad de Roma, que a partir de la experiencia internacionalista de Lausana y los planteamientos de precursores como Barnes y de Vries, intentaron crear una auténtica central del fascismo internacional, para sentar los cimientos de una futura «Internacional Fascista» similar sus competidores socialdemócrata y, sobre todo, comunista.

Era urgente actuar, antes de que otro pusiese en marcha el «tren» del eurofascismo. Se trataba así de contrarrestar a cualquier precio el ascenso de un peligroso competidor dentro de la familia fascista. En Alemania, Adolf Hitler se había transformado de oscuro agitador regional en un líder político de primer plano. Sus seguidores ya no eran «bufones» ridículos, como les había llamado desdeñosamente Mussolini tras el fallido golpe de Múnich en 1923.[25] Con más del 18 por 100 de los votos en noviembre de 1930, los nacionalsocialistas ocupaban el segundo lugar, solo por detrás de los socialdemócratas. Y la popularidad del Führer superaba ya los límites nacionales, no solo seduciendo a los alemanes étnicos (Volksdeutsche): las noticias de los encuentros entre emisarios nazis y el «socialista nacional» francés Gustave Hervé eran alarmantes;[26] y aún más preocupantes parecía la infiltración nazi en Austria, donde el partido nacional-socialista local estaba restando apoyos a la Heimwehr filofascista del príncipe Starhemberg, próxima al CINEF.[27] Adolf Hitler amenazaba con empañar el derecho reivindicado por el «Duce», su primogenitura entre todos los fascismos.

Pero había más. En febrero de 1930 Capasso Torre, nombrado cónsul en Múnich, había tenido una larga conversación con Hitler. En

25. Cónsul en Múnich, Durini di Monza, aa Mussolini, 10-XI-1923, R. 366/11, en *Documenti diplomatici italiani* (DDI), Settima serie: 1922-1935; vol. II, Roma, 1959, doc. 474, p. 318.
26. Embajador en Berlín, Orsini Baroni, a ministro de Exteriores, Grandi, 3211/1637, octubre 1930, en DDI, Settima serie: 1922-1935, vol. IX, nota 1, Roma, 1975.
27. Ministro en Viena, Auriti, a Mussolini, Telespr. s. 2822/1639, Viena, 25-VII-1932, en DDI, Settima serie: 1922-1935, vol. XII, Roma, 1987, doc. 175, p. 255.

ella, el líder del nazismo, aun afirmando su simpatía por Italia, no escondía su revisionismo fronterizo.[28] Y entre los confines que el futuro canciller tenía intención de revisar estaba la espinosa cuestión austríaca y, por tanto, la frontera alpina fijada en 1919. Preocupado, la primera reacción de Mussolini consistió en apoyar a los movimientos políticos en Alemania que podrían competir con los nazis y serían más próximos al fascismo italiano: el Partido Nacional-Popular Alemán (DNVP) de Alfred Hugenberg, los excombatientes del Stahlhelm, y algunas ligas de antiguos miembros del Freikorps, todas ellas declaradamente fascistas.[29] Pero la absorción en la órbita hegemónica nazi de la variopinta galaxia de la derecha radical alemana (y, tras 1934, la brutal eliminación de toda resistencia) convirtió pronto todos esos esfuerzos en vanos.

Era necesario distinguir entre fascismo y nazismo, dando al fascismo no solo el derecho de primogenitura del movimiento nacional-revolucionario antieuropeo, sino también instrumentos identificativos que lo pudiesen diferenciar del nacionalsocialismo. Los CAUR ayudarían a lograr este objetivo, no solo a través del rechazo del racismo y del antisemitismo hitlerianos, sino también mediante una concepción diferente de la hegemonía continental. Al Imperio carolingio que los líderes nazis evocaban junto a los más dispares mitos, de carácter centralizador y dominador, Mussolini y sus internacionalistas contrapondrían la Roma imperial y civilizadora de pueblos, que habrían sido enriquecidos, y no anulados, por la dominación latina: comunidad imperial romana contra imperio integral y germánico. Esta sería la fórmula del «paso del Brennero ideológico» que operaría como parteaguas entre la Italia fascista y el III Reich nazi.

Había otros motivos. Los CAUR recogieron una parte del fascismo dinámico de los orígenes, desilusionado por la rigidez a la que el régimen, ahora consolidado en el poder, había sometido al movimiento. En 1929 Giuseppe Bottai rechazaba que hubiese una suerte de «ciclo cerrado» en la historia del fascismo, como por el contrario sostenían otros jerarcas, como Dino Grandi.[30] Para Bottai, los com-

28. Informe del cónsul en Múnich, G. Capasso Torre, sobre su encuentro con Hitler (14-II-1930), en R. De Felice, *Mussolini e Hitler. I rapporti segreti 1922-1933*, Le Monnier, Florencia, 1975, pp. 154-159.
29. K.P. Höpke, *La destra tedesca e il fascismo*, Il Mulino, Bolonia, 1971, p. 289.
30. G. Bottai, «Editoriale», *Critica Fascista*, 1-I-1929.

promisos con los agrarios, la monarquía, los industriales, los militares y la Iglesia no podían ni debían anular el «espíritu revolucionario» de 1919: la proyección internacional del fascismo italiano, poder ser el motor de una nueva fase nacional-revolucionaria, esta vez a escala europea, tendría su vertiente natural en el impulso hacia la internacionalización del espíritu mussoliniano. Esta exigencia era sentida sobre todo por las generaciones más jóvenes: el universalismo y el internacionalismo fascistas aparecían a los ojos de los jóvenes fascistas como una posibilidad, para muchos la única y para algunos incluso la última, que se le presentaba al régimen para renovarse y desprenderse de los compromisos y conformismos acumulados tras casi diez años en el poder. El potencial disruptivo de estas diversas almas inquietas fue cultivado por Mussolini, hábil manipulador de diversas corrientes, quien las habría encauzado hacia el proyecto internacionalista.

El enfoque de la cuestión por parte del «Duce» fue, como de costumbre, incoherente y contradictorio, con impulsos y retrocesos bruscos según las contingencias de la situación interna y externa. La fallida experiencia del CINEF, que en apariencia enfrió sus entusiasmos, se convirtió al contrario en un estímulo: descartados los profesores como de Vries, el proyecto de una Internacional fascista acabaría en las manos de los más convencidos, los jóvenes fascistas. Tras algunos pasos previos, Mussolini pronunció un histórico discurso el 27 de octubre de 1930. El «Duce» esbozó que la nueva década se caracterizaría por una neta división entre fascismo y antifascismo. Se inauguraba una nueva fase de la «revolución» de 1919-1922, que había tenido fin en Italia con la construcción del Estado. Ahora venía la fase del enfrentamiento final con los enemigos, que ya no eran los diversos representantes de los partidos democráticos y antifascistas del país, ya derrotados. El enemigo era todo el mundo democrático y antifascista: el «antifascismo», afirmaba el «Duce», «no ha muerto, la oposición todavía existe. Solo el terreno de la lucha se ha dilatado: ayer era Italia, hoy es el mundo, pues en todos los lados se lucha en pro o en contra del fascismo».[31] La batalla ya no tendría lugar en Italia, sino en todo el continente; y se apelaba a las fuerzas del fascismo internacio-

31. «Messaggio per l'anno nono», in E. y D. Susmel (eds.), *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. XXIV, La Fenice, Florencia, 1958, p. 281.

nal, evocadas oficialmente por primera vez como un todo unido al italiano. Según proseguía Mussolini:

> Se puede por tanto prever una Europa fascista, una Europa cuyas instituciones se inspiren en la doctrina y la práctica del fascismo. Esto es, una Europa que resuelva, en sentido fascista, el problema del Estado moderno, del Estado del siglo XX, bien distinto de los Estados que existían antes de 1789, o que se formaron después. El fascismo responde hoy a exigencias de carácter universal, y resuelve de hecho el triple problema de las relaciones entre Estado e individuo, entre Estado y grupos, y entre grupos y grupos organizados.[32]

Las premisas para la Internacional fascista ya estaban asentadas. Había llegado el momento de encontrar a los hombres adecuados para elaborar su andamiaje ideológico y operativo.

Al poco tiempo del viraje, numerosos exponentes de las varias corrientes universalistas presentaron su candidatura para dirigir la futura organización. El candidato más conocido, ruidoso y emprendedor parecía ser en un principio el joven bresciano Asvero Gravelli. Tras haber colaborado de modo periférico y marginal con el CINEF, Gravelli había fundado la revista *Antieuropa*, que se convertiría (junto al órgano sucesor *Ottobre*, también dirigido por él) en el principal órgano del pensamiento internacionalista. El joven bresciano había sugerido la idea de una agregación de fuerzas a escala europea, e incluso planetaria, en torno al fascismo italiano y su «Duce»: una Internacional fascista, con el propósito de «reunir en los Estados de Europa las formas de la misma tendencia política y, por encima de las fronteras de cada uno de los Estados, estrecharlas en la común lucha espiritual que se ha de conducir, con estilo armónico, por una joven Europa basada en las doctrinas fascistas de fe, disciplina, concordia, sacrificio, justicia, deber».[33] Sin embargo, Gravelli no fue considerado digno de confianza. Además de demasiado extremista, algunos escándalos financieros y personales eclipsaron su figura. Dejó así espacio libre a

32. *Ibidem*, p. 283.
33. «L'Internazionale fascista», Programma spirituale, mecanografiado, p. 6, en Archivio centrale dello Stato, Roma (ACS), Archivi fascisti (AF), Segreteria particolare del duce (SPD), Carteggio riservato (CR), Repubblica sociale italiana (RSI) (1943-1945), Busta 35, Fascicolo 312 «Asvero Gravelli».

quien finalmente fundó y dirigió la organización cardinal de la futura Internacional fascista.

Entre las varias figuras de segundo plano del ventenio fascista, una de las más complejas es la del abogado Eugenio Coselschi. Nacido en Bagno di Ripoli, cerca de Florencia, en 1888, era hijo de Francesco Coselschi, célebre abogado de Gabriele d'Annunzio. De una militancia juvenil socialdemocrática (se inscribió brevemente en el Partido Radical), había pasado al nacionalismo y, tras participar en la Gran Guerra con el grado de capitán, se adhirió al movimiento de D'Annunzio. Durante la ocupación de Fiume, Coselschi desarrolló una cierta propensión a cultivar relaciones misteriosas y de naturaleza conspirativa con movimientos insurreccionales foráneos: nombrado por D'Annunzio su secretario particular, participó en algunos encuentros secretos con representantes del separatismo croata y montenegrino, e incluso se reunió con emisarios egipcios e indios para desarrollar una actividad antibritánica, antiginebrina (contra la Sociedad de Naciones) y, en general, opuesta al sistema de Versalles.[34] Expulsado por sus excesos de la ciudad adriática (según los oficiales de D'Annunzio, el ingenioso abogado era «capaz de cualquier crimen»),[35] Coselschi se sumó a las ligas antibolcheviques que surgían en toda Italia en los primeros meses de la posguerra. Sin embargo, solo se afilió al fascismo tarde, en 1924. Con el apoyo de Giovanni Giuriati, con quien había compartido las batallas intervencionistas de anteguerra, se convirtió en presidente de la Asociación Nacional de Voluntarios de la Guerra de 1915-1918, y a continuación del Comité de Acción Dálmata, un grupo extremista favorable a la anexión de la orilla oriental del Adriático.

La experiencia de las labores de inteligencia durante su período en Fiume se volvieron útiles tras 1928. En el intento de moverse de forma paralela a la «internacional del terror» inaugurada por el Ministerio de Exteriores después de la crisis italo-yugoslava de 1926-1927,[36]

34. «Eugenio Coselschi», anónimo (presumiblemente escrito por el proprio Coselschi), s. f., ACS, AF, SPD, RSI (1943-1945), Carteggio ordinario (CO), Busta 14, Fascicolo 563.
35. L. E. Longo, *L'esercito italiano e la questione fiumana (1918-1921)*, Ufficio storico dello Stato maggiore dell'Esercito, Roma, 1996, p. 494.
36. La práctica del apoyo oculto a movimientos foráneos —sobre todo yugoslavos— empezó a extenderse entre 1926 y 1927, poco después de los dos pactos de Tirana, que

Coselschi entró en contacto con algunos separatistas balcánicos, como Vančo Mihailov, el sanguinario jefe separatista macedonio, así como con varias personalidades croatas.[37] Elegido diputado en 1929, se especializó en temas de política exterior, y al mismo tiempo se embarcó en varios viajes oficiales de propaganda por Polonia, Bélgica, Holanda y Suiza. Es de señalar que antes de viajar, el abogado era recibido por Mussolini, de quien recibía instrucciones «reservadas» no muy específicas.[38] Se trataba en conjunto de una actividad de carácter más bien misterioso: Coselschi se convirtió en una suerte de representante personal del «Duce», consiguiendo recolectar importantes sumas de dinero de pudientes empresarios extranjeros, que eran entregadas directamente al jefe del Gobierno, oficialmente para obras de beneficencia.

Coselschi era un personaje controvertido, involucrado en numerosas actividades, dotado de una fuerte personalidad, pero probablemente también de una notable dosis de megalomanía. El historiador Jerzy W. Borejsza lo describió así, con base en las opiniones de sus contemporáneos: «Hoy los funcionarios y activistas fascistas que le conocieron lamentan haber tenido relación con él [...] pendenciero, fanfarrón, fuente de disgustos y desgracias».[39] No obstante, el emprendedor abogado podía presumir de tener amistades en las altas esferas del régimen, sobre todo en el lobby nacionalista y «dálmata» representado por personajes como Giovanni Giuriati, Fulvio Suvich y Dino Alfieri. Por no hablar del ambicioso Galeazzo Ciano y, obviamente, del mismo Mussolini. Su pasión por la política internacional, el desparpajo con el que se entendía con extranjeros de dudosa reputación, la capacidad de transferir con cierta eficacia ingentes sumas de dinero al exterior, y de hacer llegar otras tantas a Italia, así como una propensión muy balcánica a la conspiración, afinada por su experiencia en Fiume... Todas esas «cualidades» hicieron madurar en Coselschi la convicción de que una proyección internacional del fascismo, entendi-

---

inauguraban un protectorado italiano de facto sobre Albania. Favorecida por el subsecretario (y desde 1929 ministro) de Exteriores, Dino Grandi, esa política incluía el apoyo concreto mediante armas, fondos y protección, a los principales movimientos separatistas que operaban en Yugoslavia: kosovares, montenegrinos, macedonios y, sobre todo, croatas.

37. «Eugenio Coselschi», anónimo.

38. Eugenio Coselschi a Mussolini, Roma, 9-II-1931, ACS, AF, SPD, RSI (1943-1945), CO, Busta 14, Fascicolo 563.

39. Borejsza, *Il fascismo*, p. 144.

da en sentido propagandístico, por canales distintos a la diplomacia oficial, pudiese tener una eficacia real.[40]

En octubre de 1932, a partir del Comité de Acción Dálmata, nació la Liga Imperialista Italiana, rebautizada en enero de 1933 como Liga de Roma y después como Liga Latina. Su propósito era la promoción del primado cultural y político de la Roma mussoliniana y fascista en Europa y en el mundo. Para dotarla de los medios precisos, Coselschi obtuvo de la Obra Nacional Combatientes y del Gobierno una generosa contribución. Pero se trataba de una entidad sin estructura efectiva, en espera de que desde las autoridades superiores, en primer lugar el «Duce», se emitiese una señal de arranque definitivo. Para influir en la decisión, Coselschi utilizó buena parte de la financiación para publicar una amplia recopilación de artículos que provenían de los principales diarios de los cinco continentes, y de algunos comentarios de personalidades políticas sobre el fascismo italiano y sobre Mussolini.[41] El volumen, titulado *La universalidad del fascismo*, incluía un largo prefacio del mismo Coselschi (inspirado, y quizá copiado, de los estudios del CINEF), que le introducía de lleno en el debate sobre el compromiso internacionalista del fascismo, y le permitía postularse como director de una organización que fuese su núcleo.

A rebufo del éxito del libro, Coselschi proyectó una nueva organización que reuniese las experiencias previas. A principios de mayo de 1933 el directorio nacional de la Asociación de Voluntarios de Guerra (de la que era presidente) deliberó sobre la creación en su seno de una «organización de propaganda y cultura» denominada «Comités de acción por la universalidad de Roma» (CAUR). El proyecto, sometido a la presidencia del Consejo, de la que dependería, fue aprobado, y en mayo el subsecretario de la Presidencia Edmondo Rossoni notificó a todos los prefectos que en las principales ciudades italianas se constituirían en breve las sedes locales de la organización.[42] La fase prepara-

40. Eugenio Coselschi a Mussolini, 28-IX-1931, ACS, PCM 1931-1933, Busta 1519, Fascicolo 3.2.4.1852.
41. Pubblicazioni della Lega di Roma, *Universalità del fascismo. Raccolta di giudizi di personalità e della stampa di tutto il mondo*, a cura del gen. MarSani, Florencia, Vallecchi, 1933
42. Subsecretario de Estado Rossoni a los prefectos del reino, 15-V-1933, ACS, Presidenza del Consiglio dei ministri (PCM) 1937-1939, Busta 2122, Fascicolo 1.1.8.3.2967.

toria se concluyó el 3 de julio de 1933 con un encuentro entre Coselschi y Mussolini. El futuro presidente de los CAUR expuso al «Duce» el organigrama de los comités y el borrador del manifiesto y estatutos. La dirección reunía a exponentes del mundo político, periodístico y cultural que habían demostrado un compromiso particular con la iniciativa universalista, y traducía la habilidad política y buenos conocimientos de Coselschi.[43] El 15 de julio de 1933, en la prestigiosa Sala del Campidoglio de Roma, y en consonancia con la solemne firma del Pacto Cuatripartito entre Italia, Alemania, Gran Bretaña y Francia, nacían los CAUR. Se iniciaba el camino, sufrido y contradictorio, de la Internacional fascista.

El ascenso al poder de Hitler fue sin duda la causa principal de la decisión de Mussolini de secundar el proyecto de Coselschi. El nuevo régimen nazi había instituido el «Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda», una cartera ad hoc para la difusión del nacionalsocialismo confiada a Joseph Goebbels. La iniciativa de Goebbels también tuvo una traducción en el exterior, sobre todo en el área balcánico-danubiana (Austria y Rumanía en primer lugar) y escandinava. Por el contrario, la propaganda oficial del régimen fascista se antojaba frágil, y las iniciativas universalista hasta aquel momento, como el CINEF, habían sido problemáticas y fallidas. Escribía así el responsable de la oficina de prensa de la presidencia del Consejo, Gaetano Polverelli:

> El problema de la organización de la propaganda en el extranjero no ha sido aún resuelto de un modo digno de nuestro tiempo […] Ha llegado la hora de centralizar estos servicios, también porque bajo la potente presión de la propaganda nacionalsocialista, que demuestra ser ya una organización bastante hábil y que no escatima recursos, debemos defender nuestras posiciones para evitar la creación de formidables equívocos, y sobre todo para impedir que las características del pensamiento y acción mussolinianas puedan ser presentadas engañosamente bajo la etiqueta nazi.[44]

43. Consiglio centrale dei Comitati d'azione per l'universalità di Roma, s.f., ACS, PCM 1937-39, Busta 2122, Fascicolo 1.1.8.3.2967.
44. G. B. Guerri, *Galeazzo Ciano. Una vita (1903-1944)*, Mondadori, Milán, 2000, p. 98.

En aquellas semanas, y durante todo el año 1933, la iniciativa de los CAUR se desarrolló por dos vías distintas. En primer lugar, una actividad a escala nacional, a través de las sedes locales que se estaban constituyendo en la práctica en casi todas las principales ciudades italianas, apoyándose casi exclusivamente en la consolidada red de la Asociación de Voluntarios de Guerra y de los comités dálmatas. Ya en julio de 1933 Coselschi podía reivindicar la cifra de 60.000 inscritos, si bien se trataba en su mayoría, con toda seguridad, de un mero trasvase de inscritos de otras asociaciones.[45] Los comités acogían a todos los fascistas de ambos sexos que, alcanzados los dieciocho años de edad (una edad mínima inferior a la requerida para ingresar en el partido fascista), compartían su programa, y recibirían una revista, *Roma Universal*. Pero el elemento innovador en relación con otras iniciativas era la presencia de inscritos de otros países. A la organización se podrían adherir también ciudadanos extranjeros, como preveía una breve referencia en los estatutos: los afiliados extranjeros de los CAUR, además de apreciar el principio de romanidad y el «valor espiritual» de la doctrina de Mussolini, debían, «sobre la base de esta doctrina, alcanzar la auténtica unidad de Europa y la salvación de la civilización europea».[46] No se preveía ninguna distinción entre los extranjeros residentes en Italia y los que vivían en su país de origen. Se trataba de un expediente para resolver las verdaderas intenciones de Coselschi y sus partidarios, empezando por Mussolini. El número de extranjeros residentes en Italia que se adhirieron a los CAUR sería más bien exiguo, inferior al 5 por 100 en 1933-1934, hasta alcanzar un montante máximo de 3.500 en 1936.[47]

Los CAUR organizaron numerosas actividades y manifestaciones públicas, hábilmente encuadradas en el genérico «universalismo romano» entonces en boga, con el fin del manifiesto programático de 1933: exaltar el culto de la romanidad antigua y de la mussoliniana, realzar el papel central de la Italia fascista como núcleo de una nueva

45. Coselschi a subsecretario de Estado Rossoni, 17-VII-1933, memorándum anexo, p. 4, ACS, PCM 1937-39, Busta 2122, Fascicolo 1.1.8.3.2967.
46. Comitati d'Azione per la Universalità di Roma, *Manifesto Statuto*, p. 6, ACS, PCM 1937-39, Busta 2122, Fascicolo 1.1.8.3.2967.
47. Ministero degli Affari Esteri, Servizio storico diplomatico, Ufficio II, nota de Giuseppe Di Giura a S.E. el ministro, Roma, 11-III-1936, p. 5, ASMAE, Gab. 493, Busta 9, Fascicolo 1.

Europa, presentar a todos los observadores y visitantes extranjeros las conquistas del régimen, etcétera.[48] Pocas eran las diferencias con las demás iniciativas universalistas del régimen, y la máquina organizativa de los CAUR en Italia se transformó en poco tiempo en una más de las varias entidades tan inútiles como derrochadoras mantenidas por el sistema totalitario. Ya a los pocos meses de su constitución, el carácter ambiguo de la organización se manifestó con claridad. Entre agosto y diciembre de 1933 fueron acogidos en la sede romana de los comités una delegación de los exlegionarios polacos enrolados en el ejército italiano durante la Gran Guerra, el vicecanciller alemán von Papen, el líder de la Heimwehr Starhemberg, así como el de la Heimwehr helvética y futuro jefe de la Federación Fascista Suiza Arthur Fonjallaz, que a fines de año también fue recibido por Mussolini, el «pequeño duce» búlgaro Aleksandyr Staliyski, fundador de la Comunidad Nacional del Renacimiento Político, el nacionalista eslovaco Jeliška, y algunos representantes del movimiento autonomista y corporativo alsaciano Staatsreform, al igual que del comité transalpino France-Italie.[49]

En septiembre Coselschi solicitó una entrevista secreta con Mussolini para exponerle sus proyectos sobre la actividad de los CAUR en el extranjero. Ponía un particular énfasis en la convocatoria de un congreso internacional, a celebrarse en la localidad helvética de Montreux, para el que había enviado en misión preparatoria al secretario de los Fasci all'estero de París, Italo Sulliotti.[50] El congreso reuniría a los comités que estaban en vías de surgir en varios países, sobre todo en torno a las sedes locales de los Fasci all'estero. En octubre Coselschi envió a Mussolini una lista preliminar de los lugares en que operaban los CAUR, probablemente exagerando su alcance: Suiza, Alemania, Francia, Tunicia, Hungría, Rumanía, Grecia e incluso Estados Unidos. Pero, contemporáneamente, la asamblea suiza debería reunir por primera vez a los «jefes y representantes de los varios fascismos extranjeros y corrientes que simpatizan con nosotros o inspiradas por el

48. CAUR, *Manifesto Statuto*, p. 3, ACS, PCM 1937-39, Busta 2122, Fascicolo 1.1.8.3.2967.
49. Coselschi a gabinete de presidencia del consejo de ministros, Roma, 9.8.1933; Caur, *Rapporto al duce n. 1*, Roma, 16-X-1933, ACS, PCM 1937-39, Busta 2122, Fascicolo 1.1.8.3.2967.
50. Coselschi a Edmondo Rossoni, Florencia, 1-IX-1933, ACS, PCM 1937-39, Busta 2122, Fascicolo 1.1.8.3.2967.

fascismo».[51] La solicitud de fondos, bastante ambiciosa (200.000 liras de subsidio, unos 210.000 euros de hoy), fue dejada a un lado temporalmente por el «Duce».[52] Con todo, el rumbo hacia Montreux estaba trazado, y de hecho en diciembre de 1933 los CAUR se transformaron por fin en el proyectado ente promotor de la Internacional Fascista. Los italianos afiliados a los comités serían transferidos de nuevo a las asociaciones irredentistas dálmatas. La misión fundamental de la organización se concentraría más allá de las fronteras, «donde parezca útil desarrollar esa acción abierta, orientada a difundir la doctrina fascista y mussoliniana, y a coordinar la afluencia de todos aquellos que la persiguen y la quieren abrazar».[53] Esa transformación hallaba un promotor adicional en un Mussolini que había reasumido hacía poco más de un año la cartera de Exteriores, tras el distanciamiento de Grandi, y su definitivo interés por la difusión de la idea fascista en el mundo.

Coselschi se lanzó con entusiasmo a la labor de gran forjador de redes, con el fin de contactar con el mayor número posible de dirigentes y grupos más o menos reconducibles al fascismo, y de vincularlos a los CAUR a través de la creación de delegaciones locales de los comités en cada país europeo. Sería complejo resumir aquí las decenas de viajes realizados por el irrefrenable abogado y por sus colaboradores en toda Europa. Desde 1933 los inspectores del CAUR «visitaron» repetidamente Austria, Rumanía, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Grecia, España, Portugal, Dinamarca, Lituania, Letonia, Estonia, Francia, Bélgica, Suiza, Irlanda, Suecia, Noruega, Finlandia y Holanda. También se cerraron acuerdos de colaboración con numerosos partidos y movimientos más o menos inspirados por el fascismo: la Falange de José Antonio Primo de Rivera, las Camisas Azules de O'Duffy, la Heimwehr austríaca, la Legion del Arcángel San Miguel de Codreanu, el Reagrupamiento Nacional de Quisling, el Partido Francista de Bucard, la Organización Revolucionaria Interior Macedonia de Mihajlov, el Partido Socialnacional griego de Mercouris, el danés Cuerpo Nacional de Damsgaard Schmidt, la Federación Fascis-

51. Coselschi a gabinete de presidencia del consejo de ministros, 9.8.1933, y CAUR, *Rapporto al duce n. 1*, 16-X-1933, p. 2.
52. *Ibidem*, p. 4.
53. Associazione nazionale volontari della guerra 1915-18, Direttorio nazionale, Foglio d'ordini n. 96, ai Sigg. Presidenti dei Caur, Roma, 7-I-1934, p. 2, ACS, PCM 1937-39, Busta 2122, Fascicolo 1.1.8.3.2967.

ta Suiza, el Movimiento Nacionalsocialista Holandés de Mussert, la Acção Escolar Vanguarda portuguesa de Ernesto de Oliveira e Silva, la Unión Nacionalista lituana de Tamosciatis, la Unión Nacional de la Juventud Sueca de Essen, y la Legión Nacional belga de Hoornaert. A ellos se añadieron otros movimientos menores, a menudo víctimas de despiadados cambios de opinión según las conveniencias, o más concretamente a causa de su sustancial ineficacia. Coselschi y los demás agentes del CAUR mantuvieron contactos, y a veces consolidaron relaciones con dirigentes políticos de primer nivel, como los generales griegos Kondylis y Metaxas, el economista corporativista rumano Manoilescu, el académico portugués De Castro, el ministro de Exteriores polaco Beck, así como los políticos franceses de derecha y radicales Philippe Henriot, Édouard Crocikia, Charles Trochou o Édouard Herriot.

Cabe destacar que durante el trienio 1933-1935 el Gobierno limitó la capacidad de iniciativa de Coselschi en dos de los principales países occidentales, formalmente unidos a Italia por el Acuerdo Cuatripartito de 1933, y próximos a sellar con Roma un ulterior aislamiento de Alemania (el Pacto de Stresa): las desenvueltas empresas de los comités no eran queridas ni por Londres ni por París. Y, de hecho, los CAUR ingleses —dirigidos por el eminente historiador Sir Charles Petrie, figura de perfil aristocrático, excéntrico y reaccionario— tuvieron escasa actividad, mientras que los vínculos con el hombre fuerte del fascismo local, Oswald Mosley, y los subsidios a su British Union of Fascists fueron gestionados directamente por el Ministerio de Exteriores italiano y por la inteligencia militar (SIM), a través del agente Carlo Enderle.[54] En Francia no solo se ordenó al CAUR abstenerse de intervenir en las revueltas fascistas del 6 de febrero de 1934, sino que la embarazosa presencia de Coselschi en Marsella el día del atentado contra el rey Alejandro de Yugoslavia, así como sus misteriosas entrevistas con el fascista croata (ustacha) expatriado Vladimir Radić, llevaron al Gobierno italiano a prohibir al presidente de los comités que se desplazare a aquel país en el futuro.[55] Los lazos con

54. Informe de Enderle, 17.II.1935, ASMAE, Gabinetto 741, Busta 1, fascicolo IX; A.Vento, *In silenzio gioite esoffrite. Storia dei servizi segreti italiani dal risorgimento alla guerra fredda*, Il Saggiatore, Milán, 2010, p. 180.
55. Eugenio Coselschi a Mussolini, Parigi, 10-X-1934, in. ACS, Ministero della Cultura Popolare (MCP), Gabinetto, Busta 8, Fascicolo 46.

Francia se limitaron así al más bien marginal grupo de Bucard, así como al intelectual Charles Valléry-Radot, nombrado presidente de los CAUR locales en septiembre de 1935.

Se abrieron oficinas de los CAUR, las más de ellas en la misma de la sede de los Fasci italianos en el extranjero, en casi todas las capitales de los Estados «visitados». Los agentes locales y los itinerantes, en total unos veinte, además de elaborar informes largos y detallados sobre la situación política de cada país inspeccionado, proporcionaron fondos sustanciales a los fascistas españoles, griegos, belgas, franceses, austríacos y rumanos. A pesar de los posteriores desmentidos de Primo de Rivera y de Codreanu, sus movimientos aparecen en la nómina del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano, a través del CAUR.[56] Y con ellos, Mercouris, Hoornaert, Bucard y Starhemberg, por citar solo a algunos. Se trataba de una actividad que se orientaba, antes que, por los dictados ideales del universalismo, hacía una reducción de la infiltración alemana en los partidos fascistas europeos. En especial, los suizos, rumanos, noruegos y daneses se contaban entre los más inclinados a compartir el racismo antisemita de Hitler, y fueron, por este motivo, centro de la atención del CAUR.

Las iniciativas de los comités gozaron en un principio del aprecio del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano, hasta el punto de que el subsecretario Suvich solicitó al cuerpo diplomático el máximo apoyo para sus actividades.[57] El CAUR recibió del Ministerio un fondo anual fijo de 300.000 liras (alrededor de 350.000 euros actuales), además de los fondos ya mencionados.[58] En la decisión del Ministerio, y por lo tanto del «Duce», de reconocer definitivamente a los comités como un instrumento de política exterior, tuvo una gran influencia el empeoramiento de la crisis austríaca tras el intento de golpe de Estado nazi en julio de 1934. Además de las conocidas reacciones diplomáticas y militares del Gobierno italiano, también tuvo lugar un incremen-

56. José Antonio Primo de Rivera, «Rapport sur la politique espagnole», s.f. (presumiblemente mediados de 1934), ASMAE, Gab. 741, Busta 1, Fascicolo XII «Spagna e Marocco»; Dott. Ferruccio Guido Cabalzar, «Relazione del viaggio in Romania 15 gennaio-5 febbraio anno XII, compiuto per incarico dei Comitati d'azione per l'universalità di Roma», pp. 11-12, ACS, MCP, Gab., Busta 13, Fascicolo 155.
57. Ministero degli Affari Esteri, Gabinetto, Circolare n. 0005, Roma, 6.4.1934, ASMAE, Gab. 493, Busta 9, Fascicolo 1.
58. CAUR, «Finanziamento dei Caur», Roma, 9.XII.1934, ACS, PCM 1937-39, Busta 2122, Fascicolo 1.1.8.3.2967.

to de las iniciativas de propaganda internacionalista: ante un escenario nublado por la agresividad política, ideológica y conspirativa del III Reich, era necesario reiterar la primacía de Roma y del fascismo italiano en todo movimiento o fuerza política que se definiese como fascista. Y encuadrarlos definitivamente en una constelación que gravitase en torno al fascismo italiano.

En consecuencia, la acción de los Comités recibió un nuevo impulso, y fue encomendada a la coordinación de una nueva «sección exterior» de la Oficina de Prensa del jefe del Gobierno, bajo la dirección de un Galeazzo Ciano con ideas muy claras, como demostró poco antes del nacimiento de su nueva oficina: «Pronto nacerá una organización que se convertirá en la primera en Italia. Todo pasará por mis manos, hablaremos al mundo entero. Daremos a conocer la Italia de los caballeros a todos los demás países. Usaremos la radio, el teatro, el cine. Y, naturalmente, usaremos la prensa. Pero, sobre todo, nos serviremos de hombres».[59] Uno de estos hombres sería Coselschi, quien, tras abandonar a sus viejos protectores, se había aproximado con gran intuición al yerno del «Duce».[60] La relación entre Ciano y Coselschi se consolidó en los siguientes meses, y el presidente de los comités se convirtió en un agente de confianza al servicio de la política desinhibida del pseudo Goebbels italiano.

Llegó entonces el momento del salto cualitativo final, la convocatoria en Montreux de una conferencia de los partidos fascistas europeos, o «el punto álgido de la actividad fascista relacionada con lo internacional».[61] En realidad, fue el campo de pruebas de la estrategia internacionalista. Una prueba que, más allá del entusiasmo del propio Coselschi, fracasó, sacando a la luz todas las contradicciones del proyecto.

El congreso se celebró los días 16 y 17 de diciembre de 1934 en un austero salón del Palace Hotel en Montreux, dominado por un gigantesco fascio littorio rodeado por las banderas de los países de los participantes en la convención. La organización fue administrada por una sucursal del centro del CAUR y el personal del Fascio de Lausana. Coselschi consideró suficiente informar solo a las autoridades de

59. E. Santarelli, *Storia del fascismo*, vol. II, Editori Riuniti, Roma, 1981, p. 143.
60. Guerri, *Galeazzo Ciano*, p. 121.
61. A. Ledeen, *L'Internazionale fascista*, Laterza, Bari, 1973, p. 152.

la ciudad suiza, definiendo la asamblea como «una reunión privada de estudios corporativos». Una «reunión» particular, que incluía una sala de prensa, una oficina de traducción y una secretaria integrada por ocho personas, entre personal de los comités y ocasional. En el encuentro participaron doce delegaciones extranjeras, en representación de catorce partidos o movimientos políticos: Austria (Dr. Rinaldini, de la sección cultural de la Heimwehr); Bélgica (Paul Hoornaert, de la Legión Nacional, y Charles Somville, de la Liga Laboral Nacional-Corporativa); Dinamarca (Thomas Damsgaard Schmidt, de los Cuerpos Nacionales, y Frits Clausen, del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores); Francia (Marcel Bucard, del Partido Francista); Grecia (Gheorghes Mercouris, del Partido Social-Nacional); Irlanda (Eoin O'Duffy, de la Liga de la Juventud); Lituania (Dr. Tamosciaitis, delegado de la dirección de la Unión Nacionalista); Noruega (Vidkun Quisling, de la Agrupación Nacional); Países Bajos (Arnold Meijer y Wouter Lutkie, del Frente Negro); Rumanía (Ion Moţa, delegado de la Legión del Arcángel San Miguel-Guardia de Hierro); Suecia (Rütger Essen, de la Unión Nacional de la Juventud) y Suiza (Arthur Fonjallaz, de la Federación Fascista).

A esta lista se sumaban el líder rumano nacional-corporativo Manoilescu y el poeta vanguardista español Ernesto Giménez Caballero, jefe de la oficina de prensa de Falange, quienes no pudieron asistir a la reunión, pero enviaron su adhesión. Así lo hizo también el portugués António Eça de Queiroz, funcionario del Secretariado de Propaganda Nacional del régimen de Salazar. A las presencias no incluidas en la lista oficial también se debe añadir la del exministro rumano de Exteriores, Nicolae Titulescu, presente en Montreux en el mismo hotel que los participantes, aunque oficialmente por una coincidencia: en realidad, el ex hombre de gobierno puso gran atención en los trabajos.[62]

Coselschi estructuró el debate a partir de los postulados mussolinianos de 1930: era necesario refundar una Europa que ya no sería liberal-democrática, y mucho menos bolchevique, sino la Europa «de Roma», cimentada por la civilización latina e imperial y reforzada por el corporativismo. La premisa del presidente del CAUR introdujo el

62. Coselschi, a Ciano, Roma, 4-V-1935, ACS, MCP, Gabinetto, Busta 8, Fascicolo 46.

tema del tipo de organización que debería darse el «Frente de Montreux» (como gustaba de llamarlo el propio Coselschi), y se produjeron las primeras diferencias. Por un lado, los contrarios a cualquier forma de organización supranacional, limitando la iniciativa a las cumbres convocadas según el caso (austríacos y suizos); por otro lado, los partidarios de una cumbre permanente de partidos con una secretaría general y una comisión programática común (noruegos, belgas y, mediante una larga carta enviada a la Presidencia, Eça de Queiroz). El debate hizo aflorar otra pregunta espinosa: la relación con los nazis alemanes, que ni siquiera habían sido invitados a Montreux como observadores. Sobre esta cuestión, el «Frente de Montreux» se dividió aún más: por un lado, una corriente escandinava representada por el noruego Quisling y el danés Clausen, favorable a una ampliación inmediata a los nacionalsocialistas; por otro, el fascismo mediterráneo y latino del griego Mercouris, el francés Bucard y el belga Hoornaert, que deseaban un eje preferente con Roma; en el medio, liderado por el rumano Moţa, otro grupo más dispuesto a un diálogo con los alemanes, aunque gradual, y listo para la mediación con los italianos.

El tercer tema, quizá más candente que los otros, estaba relacionado con el anterior: la cuestión judía. Se delineó un grupo claramente antisemita (Moţa, Clausen y Fonjallaz) que hablaba explícitamente de la lucha contra los judíos, entendidos tanto como una raza culpable y prevaricadora como una casta plutocrática. A ellos se contraponía la posición de Bucard, O'Duffy y Rinaldini, que rechazaban directamente que hubiese un problema judío. Un tercer grupo trató nuevamente de mediar: para Hoornaert y el holandés Lutkie era necesario distinguir entre los judíos integrados en la vida nacional y la «secta internacional judía». El belga Somville relanzó la hipótesis del retorno forzoso a Palestina, también para crear problemas a Gran Bretaña; Mercouris propuso orillar la cuestión y dejarla al albur de cada movimiento, que debería abordar el problema en su país como estimase más conveniente.

Al final de la kermés, Coselschi hizo aprobar varias resoluciones. Además de una declaración de principios que reconocía a los CAUR como el centro organizativo del fascismo europeo, se formuló una definición del «fascismo universal», entendido como un movimiento de fuerzas fascistas y revolucionarias independientes, pero aliadas contra las internacionales «capitalistas» (Sociedad de Nacio-

nes, Masonería) y marxistas (Komintern, Internacional Obrera socialista). Finalmente, se aprobó un documento que abordaba la cuestión judía en los siguientes términos:

> Considerando que algunos grupos judíos se han establecido en muchos lugares como si se tratase de un país conquistado, ejerciendo, de forma clara u oculta, una influencia perjudicial para los intereses materiales y morales del país anfitrión, que constituye una especie de Estado en el Estado, disfrutando de todos los derechos e ignorando todos los deberes; Considerando que esos judíos han aportado o aportan, con su comportamiento, elementos útiles a la revolución internacional destructora de las ideas de la patria y de civilización cristiana; denuncia la acción nociva de esos elementos y se compromete a combatirlos.[63]

También se aprobó el establecimiento de una Comisión de Coordinación del Fascismo Universal, con sede en Roma, que funcionaría como secretaría general de la asamblea de los partidos fascistas europeos: en la práctica, una reproducción de los secretariados de las tan aborrecidas internacionales. Damsgaard Schmidt, Clausen, Bucard, Mercouris, Fonjallaz, Quisling y O'Duffy fueron designados como miembros de la comisión, obviamente presidida por Coselschi.

De vuelta en Italia, Coselschi se apresuró a comunicar a Ciano que todo había superado las expectativas.[64] Pero las cosas eran muy diferentes: la Internacional Fascista (o más bien el «Acuerdo del Fascismo Universal», según la complicada definición de compromiso alcanzada) nació herida en todas sus partes: el papel de Roma, la cuestión nazi y la judía. A un lado, un grupo grecolatino, extendido a Austria, Irlanda y la Valonia belga, orientado hacia Italia. Al otro, un eje escandinavo-flamenco ampliado a Rumania y Suiza, que no ocultaba sus simpatías nacionalsocialistas.

A pesar de ello, la experiencia de Montreux fue apoyada por el régimen, y en particular por un Ciano ya próximo a su nombramiento como ministro de prensa y propaganda. A la organización se adhirieron además el Movimiento Nacionalsocialista holandés, liderado por

63. «Risoluzioni del 1.º convegno di Montreux, 16-17 dicembre 1934-XIII», p. 6, ASMAE, Gabinetto 493, Fascicolo 1, Caur «Parte generale», septiembre de 1935.
64. Coselschi a Galeazzo Ciano, Florencia, 25-XII-1934, ACS, MCP. Gabinetto, Busta 93, Fascicolo 2860.

otro futuro colaboracionista de los nazis, Anton Mussert, e incluso el Partido Fascista argentino del oriundo italiano Umberto Bianchelli. Ciano apoyó las posteriores iniciativas de la Comisión, adoptadas en París, el 30 de enero de 1935, donde se definió un nuevo estatuto para el CAUR internacional, y en Ámsterdam, el 29 de marzo de 1935. En ambas reuniones, ninguno de los problemas que surgieron en Montreux fue resuelto; por el contrario, en Ámsterdam tuvo lugar una acalorada controversia entre los distintos grupos holandeses, que se acusaron mutuamente de ser instrumentos de la Masonería internacional. Además, se produjo la deserción de los griegos, que no se presentaron. Finalmente, la cuestión racial se convertía en una grieta cada vez más profunda, mientras que el neófito Mussert declaraba explícitamente sus simpatías hacia Alemania, reduciendo la «cuestión alemana», no sin razón, a un problema fronterizo entre Italia y Alemania.[65]

La tercera y última sesión de la Comisión, convocada el 11 y 12 de septiembre de 1935 de nuevo en Montreux, certificó el declive de facto de la Internacional Fascista. Además de Colseschi, asistieron Bucard, Clausen, O'Duffy, Quisling y Fonjallaz. A ellos se sumaron Hoornaert, quizás el aliado más leal del CAUR, y por primera vez el líder de la Comunidad Nacional Fascista Checoslovaca Rudolf K. R. Gayda, excombatiente antibolchevique en la guerra civil rusa. Ausencias no justificadas fueron las de holandeses, suecos y griegos. El intento de Coselschi ante Mussolini de invitar a Mosley había obtenido un silencio elocuente.[66] La presencia más significativa fue la de José Antonio Primo de Rivera, quien saludó rápidamente y se fue, justificándose con la batalla política que su movimiento estaba librando en España.[67]

El fracaso de la reunión se resumía en la apelación final de Coselschi, que identificó el nuevo campo de batalla del internacionalismo fascista con la cuestión de la guerra de Etiopía. Cualquier ataque a

65. «Verbale dattiloscritto della riunione di Amsterdam della Commissione internazionale di coordinamento del Fascismo universale», Amsterdam, 29-III-1935, p. 21, ACS, Carte Asvero Gravelli, Busta 4, Fascicolo 4.
66. Coselschi a Mussolini, Roma, 4-IX-1935, ACS, AF, SPD, CO, Busta 395, Fascicolo 145.327.
67. «Réunion de la Commission pour l'Entente du Fascisme Universel, Montreux (Palace Hotel), 11 Septembre 1935», p. 5, ACS, Carte Asvero Gravelli, Busta 4, Fascicolo 4.

Italia, por tanto, era un ataque al «fascismo universal»: tomando prestada una práctica típica de la Komintern, Coselschi dirigió su llamamiento a todos los «partidos hermanos» para que acudiesen al lado de Roma, en su batalla (por el momento) diplomática. La declaración fue aceptada y las viejas disputas del año anterior decayeron: los escasos asistentes, empezando por los habituales Hoornaert y Bucard, propusieron la creación de una Internacional explícita que, como afirmó O'Duffy, fuese «joven, viril, militar y cristiana».[68] El nombre finalmente sancionado fue una vez más idea de Coselschi: el «Nuevo Orden de las Naciones».[69]

El camino iniciado por Coselschi en julio de 1933 parecía haber alcanzado definitivamente su objetivo principal: no solo el nacimiento de la organización fascista internacional, sino su sujeción total a las necesidades del régimen italiano. La reunión concluyó, de hecho, con la aprobación de una segunda resolución, esperada por Roma con mayor interés que la primera, que denunciaba la «alianza monstruosa contra la Italia de Mussolini por parte del capitalismo plutócrata y la Internacional del marxismo»; obviamente, apoyó los derechos de la Italia fascista a hallar su «lugar al sol».[70]

El apoyo a Italia representaba, de hecho, la transformación de la Internacional Fascista en una organización de propaganda en el extranjero: utilizando la red de CAUR locales (principalmente en Francia, Bélgica y Rumania), Coselschi organizó iniciativas a favor de la intervención italiana en Etiopía y contra las sanciones de la Sociedad de Naciones. Los partidos fascistas locales operaron a veces como pequeños agentes de inteligencia. Fue el caso de la Legión Nacional Belga de Hoornaert, intentando boicotear el envío de armas desde Bélgica a Etiopía a favor de las tropas del emperador Haile Selassie. Pero se trataba de pequeñas acciones con resultados poco significativos.

En junio de 1936, con su nombramiento como Ministro de Asuntos Exteriores, el principal protector de los Comités, Galeazzo Ciano,

68. *Ibid.*, p. 23.
69. «Risoluzioni votate dalla Commissione di coordinamento per l'Intesa del fascismo Universale alla riunione di Montreux dell'11 settembre 1935-XIII», 1.ª risoluzione, s.f., ASMAE, Gabinetto, 493, Busta 9, Fascicolo 1.
70. «Risoluzioni votate dalla Commissione di coordinamento per l'Intesa del fascismo Universale alla riunione di Montreux dell'11 settembre 1935-XIII», 2.ª resolución, s.f., ASMAE, Gabinetto, 493, Busta 9, Fascicolo 1.

acometió un cambio radical de línea. Las propuestas de Coselschi para relanzar la Internacional (que rebautizaba con acrónimos cada vez más elaborados: «Unión Mundial para el Nuevo Orden», «Unión Universal Antibolchevique», entre otros) fueron casi siempre rechazadas. El intento de participar en la guerra civil española, una ocasión tentadora para la Internacional Fascista, fue rechazado, y ni siquiera se autorizó una campaña propagandística. De un envío de voluntarios por los CAUR ni se habló. Además del destino de Primo de Rivera, fusilado en noviembre de 1936, solo cabía contabilizar a los trescientos «Blueshirts» irlandeses enviados en apoyo de Franco,[71] así como los siete legionarios rumanos liderados por Moţa. Este último, que murió en batalla con otro militante de la Guardia de Hierro, Marin, se convirtió en el «mártir» por excelencia de la Internacional Fascista. Pero no se hizo nada más de significativo.

Golpeado por varias acusaciones de ineficacia y uso indebido de fondos (algo no muy distinto de lo que había ocurrido con el CINEF), el CAUR intervino en la fase de aproximación diplomática entre Italia y Alemania. Su agente Luchini, acompañado por el filósofo racista Julius Evola, participó en el congreso antisemita organizado en septiembre de 1937 en Erfurt por el «Welt-Dienst» (Servicio Mundial) nazi. Sin embargo, la intervención de Luchini, que rechazó el antisemitismo al menos en lo que respectaba a su país, causó incomodidad en el Ministerio de Exteriores.[72] Fue la gota que colmó el vaso. Ciano ordenó que los Comités, que aún dependían de Mussolini y él mismo, pasasen a ser competencia de Dino Alfieri, ministro de Cultura Popular. A pesar de los esfuerzos sucesivos de Colseschi para reimpulsar el compromiso internacionalista y «eurofascista» de su exánime organización, los CAUR devinieron en una herramienta de propaganda interna, con escasos lazos exteriores. En 1938 se limitaron a una una intensa actividad editorial, sobre todo a través de la revista *L'Idea di Roma*. Cabe señalar que el nuevo órgano, obviamente editado por Coselschi, se mantuvo posiciones visceralmente antisemitas, renegando de las posturas mantenidas en Montreux. El abogado sabía adaptarse a los nuevos vientos políticos.

71. R. O. Paxton, *Il fascismo in azione*, Mondadori, Milán, 2005, p. 82.
72. Franco Navarra Viggiani a Sebastiani, Capo Segretario Particolare del duce, s.f. (ca. septiembre de 1937), en ASMAE, Gabinetto 493, Busta 9, Fascicolo 1.

El 20 de septiembre de 1939, con Europa ya sumida en el nuevo conflicto, Alfieri comunicaba a Coselschi la disolución de los Comités y el traslado de sus actividades y prerrogativas a los *Nuclei per la propaganda all'estero* (NUPIE). Los Comités de Acción para la Universalidad de Roma se disolvieron el día del aniversario de la conquista de Roma en 1870. Una ironía del destino o, quizá, un gesto cínico de un régimen que ya no tenía motivos para creer en el sueño del internacionalismo fascista.

¿Cuáles fueron las causas de esta poco gloriosa decadencia de los CAUR? En primer lugar, en comparación con su potencial, sus premisas y sus primeros éxitos, los resultados finales fueron pobres. La red de comités se componía en apariencia de un número considerable de partidos y organizaciones que garantizaban una buena cobertura a escala continental y, tal vez (como en el caso del Partido Fascista argentino), incluso fuera de Europa. Con la excepción de Gran Bretaña, Albania y en parte Yugoslavia, su influencia se había extendido a todas las naciones europeas. Pero eran, con algunas excepciones, en buena medida fuerzas políticas marginales, y a veces completamente inexistentes. Cabe agregar que el temor a la infiltración nazi, y las crecientes reservas de un fascista conservador como Coselschi hacia los movimientos más marcadamente nacional-revolucionarios, habían alejado de los Comités las simpatías de los movimientos y líderes más influyentes, como en el caso de la Legión de Codreanu. En Francia, por ejemplo, Coselschi prefirió cultivar al minoritario Bucard, y después a políticos de la derecha conservadora, en vez de aproximarse a un Marcel Déat o un Jacques Doriot. Además, se hizo cada vez más evidente que muchos de estos contactos veían la militancia en los CAUR como una buena oportunidad para incrementar los recursos económicos de sus partidos, si no directamente sus propios pecunios familiares. La red, por tanto, estaba al principiar el quinto año de vida de los comités desacreditada, y era inútil, cara e incómoda a ojos del régimen. Lo mismo sucedía con algunos de los principales colaboradores de Coselschi, a menudo acusados de de fraude, robo, malversación de fondos, de ser completamente incompetentes e incluso —algo insólito en agentes internacionales— poco duchos en idiomas extranjeros.

A todo ello se añadían los problemas que con frecuencia generaban los Comités, inmiscuyéndose de forma abrupta en los delicados

equilibrios internacionales y desencadenando la ira de una gran parte del cuerpo diplomático y consular italiano. Fue el caso, por ejemplo, de la presencia de Coselschi el día del regicidio del monarca yugoslavo en Marsella en 1934, o del acto antisemita de Erfurt de 1937. Las protestas de los embajadores fueron otro motivo de la crisis en la que entró la organización de Coselschi. Con el nombramiento como ministro de Exteriores, Ciano cambió drásticamente de idea sobre la utilidad de los Comités. Al alcanzar la cúspide de la diplomacia italiana, el yerno del «Duce» ya no necesitaba a los CAUR. De hecho, Coselschi, sus inspectores y agentes, sus confusas operaciones de inteligencia y sus interlocutores extranjeros podían representar un problema para el joven ministro. Útiles cuando trepaba hacia la cumbre, los CAUR se volvieron dañinos cuando Ciano al fin logró su objetivo.

Además, con la proclamación del Imperio italiano de Etiopía se había inaugurado la fase de distensión entre Italia y Alemania, lo que llevó al Pacto Roma-Berlín de octubre de 1936. La razón principal del nacimiento de los CAUR desaparecía: no había ya confrontación diplomática o ideológica con el nacionalsocialismo. El Nuevo Orden Europeo de Hitler habría otorgado a Mussolini su personal y propio Nuevo Orden Mediterráneo: un acuerdo ventajoso que, evidentemente, no podía prever ninguna «Universalidad Romana» en oposición al Reich alemán.

Los CAUR desaparecieron debido a la contradicción fundamental presente desde el origen del proyecto internacionalista. A pesar de las acrobacias verbales del hábil Coselschi, al final era una «Internacional de nacionalismos», según el feliz «calembour» evocado por Asvero Gravelli:[73] un intento de crear una «Komintern fascista» carente del proyecto supranacional de los partidos comunistas de Europa y del mundo Si, en la imaginación de los militantes comunistas y europeos, Moscú era la capital no tanto de una nación como de la revolución proletaria, Roma, a pesar de la retórica de toda una generación de universalistas, seguía siendo la capital de una famélica Italia. Una Italia que no quiso ni supo proponer una válida alternativa «antieuropea» a las disputas nacionalistas de cada uno de los fascismos extranjeros. Al final, los internacionalistas italianos no lograron dar

73. Asvero Gravelli, «Universalità del fascismo e internazionalismo», promemoria, s. f., ACS, Carte Asvero Gravelli, Busta 4.

ese salto cualitativo y adoptar un nacionalismo continental en detrimento de su propio nacionalismo, y así persuadir a sus seguidores para hacer otro tanto. La Europa fascista siempre fue percibida como la Europa de Roma. Paradójicamente, sería el germano-céntrico Hitler, en pleno conflicto mundial, quien transformaría la imagen de una guerra alemana en un «Ragnarök» europeo (o más bien «antieuropea») contra el capitalismo y el bolchevismo. Los CAUR nunca habrían tenido ni aceptado en su seno a un Léon Degrelle, que abandonaba su rexismo nacionalista belga para convertirse en un oficial de las Waffen SS europeas.

Por tanto, los Comités y la Internacional Fascista representaron el enésimo fracaso de la Italia de Mussolini. Pero sentaron las bases para nuevos escenarios en el futuro. Los CAUR constituyeron el primer campo de pruebas para los posteriores adalides del colaboracionismo con el III Reich, como Quisling, Clausen, Mussert, Mercouris o Bucard. Y ayudaron a reforzar a algunos protagonistas del fascismo mundial, como Primo de Rivera y Codreanu. Pero el legado más importante de los CAUR fueron las diversas «internacionales negras» que surgieron en la Europa de posguerra. Desde el Congreso Europeo de la Juventud organizado por el Movimento Sociale Italiano (MSI) en Roma en octubre de 1950 hasta fechas más recientes, la proliferación de organizaciones y alianzas supranacionales de extrema derecha, bien evocando un «Nuevo Orden», una especie de «nacionalismo internacional» o una «Europa soberanista», constituyen la herencia más tangible de las diversas «Fascintern» de la década de 1930.